

EL DESARROLLO DESDE UNA VISIÓN HUMANISTA CRISTIANA

A CHRISTIAN HUMANIST VISION OF DEVELOPMENT

Lluch Frechina, Enrique (Universidad CEU Cardenal Herrera) *

RESUMEN

El artículo revisa la concepción del desarrollo que tiene el humanismo cristiano comparándola con las ideas principales de lo que se ha venido a denominar desarrollo humano. Desarrolla los puntos en los que ambos son convergentes y aporta cuáles son aquellos aspectos en los que el humanismo cristiano puede realizar aportaciones originales que sean clave a la hora de hacer realidad la concepción de desarrollo humano.

Palabras claves: Desarrollo Humano, Humanismo Cristiano, Crecimiento económico. **JEL:** O1, N3, D9.

ABSTRACT

This article reviews the christian humanist concept of development and contrast with the main ideas about what is called human development. The article exposes the principal points where the two ways to understanding de development are converging and shows those aspects in which Christian humanism can make original contributions to the concept of human development.

Key words: Human Development, Christian Humanism, Economic Growth. **JEL:** O1, N3, D9.

1. INTRODUCCIÓN

La lectura del título de este artículo puede hacer que alguien se pregunte si realmente el pensamiento social cristiano y el humanismo cristiano pueden aportar algo al pensamiento sobre el desarrollo humano. También puede preguntarse si la opinión que tengan los cristianos sobre el concepto de desarrollo puede interesar a personas que no compartan esta fe y, por lo tanto, aparentemente no están interesados en la misma. Si la respuesta a ambas preguntas es no, si se opina que la visión humanista cristiana no tiene nada que aportar, si se cree que su pensamiento acerca de este tema es irrelevante, la lectura de este artículo aparecerá como una pérdida de tiempo que puede ser utilizado en otras lecturas más provechosas.

Ahora bien, esto sólo podrá ser afirmado por aquellos que ya hayan tenido un acercamiento serio a este pensamiento. Es decir, por aquellos que ya hayan leído a algún autor que se alinee en un análisis de esta clase o alguno de los documentos que lo expone. No es posible afirmar que algo es irrelevante sin haberlo escuchado, conocido o leído con anterioridad. Rechazar sin conocer argumentos en cualquier dirección es incurrir en falta de seriedad intelectual o en criterios pasionales, de creencias o de prejuicios, que poco tienen que ver con un estudio serio, fundamentado y científico. La curiosidad intelectual obliga a

* Departamento de Economía y Empresa, Facultad de Derecho, Empresa y Ciencias Políticas, Edificio Luis Campos Górriz, Luis Vives 1, 46115, Alfara del Patriarca, Valencia. elluch@uch.ceu.es

Recibido: Febrero de 2014. Aceptado: Abril de 2014.

conocer aquello que se quiere valorar, a leer y estudiar de una manera lo más neutral posible la exposición de argumentos que se presenta para poder después opinar con fundamento sobre ellos. De hecho, aquellos que se acerquen por primera vez a la reflexión cristiana sobre el desarrollo en este artículo se van a encontrar con un “corpus” bien trabado, consistente en el tiempo y convergente con el pensamiento sobre desarrollo humano que se da en los ambientes académicos totalmente alejados a este ámbito. Por otro lado, (aunque de esto no se va a hablar en este artículo) el pensamiento social cristiano no se queda únicamente en los estudios científicos, sino que es una inspiración para la acción de muchas personas. De todos es conocida la existencia de una gran cantidad de asociaciones, ONGs para el desarrollo, políticos y empresarios que se inspiran en este pensamiento para llevar adelante acciones de desarrollo y de mejora de la sociedad.

Este artículo va a exponer las principales ideas de este pensamiento social cristiano sobre el desarrollo comparándolas con las ideas académicas existentes sobre este último. Repasará la crítica al desarrollo como simple crecimiento económico, algo que también realizan distintas ideas de desarrollo. Contrapondrá el binomio tener o ser, como una cuestión clave en cuyo trasfondo están las ideas de desarrollo humano. Se analizará la entronización religiosa que se le da al tener en la sociedad contemporánea, explicando cómo se ha sustituido la fe religiosa tradicional por otra fe en un progreso material que hace que la sociedad esté dispuesta a realizar cualquier sacrificio para llevarlo adelante.

En siguiente lugar se verá cómo la organización económica actual potencia y provoca la confusión entre necesidades, apetencias y deseos. Esto tiene consecuencias claras sobre los objetivos de desarrollo ya que confunde las prioridades y las metas a lograr. El pensamiento social cristiano alerta contra una idea de desarrollo que busca, no satisfacer las necesidades existentes, sino alcanzar un determinado nivel de posesiones elevado que tan sólo pretende poder estar por encima de los demás, mantener un determinado estatus o seguir las modas o las tendencias generalizadas en el entorno en el que uno vive.

Acto seguido se estudiarán las dimensiones del verdadero desarrollo según el pensamiento social cristiano. Estas dimensiones están definidas desde los años sesenta y en muchos casos, tal y como se adelantará, coinciden con aquellas que defienden las teorías del desarrollo humano y que han sido desarrolladas en años posteriores a que lo hiciesen los documentos cristianos. También se analizará la postura claramente humanista que mantiene la concepción cristiana del desarrollo. Cómo el verdadero desarrollo tiene que estar siempre al servicio de la cada persona y de todas las personas de una sociedad, lo que conlleva que nadie debe quedar excluido del progreso. Para lograrlo es necesaria una opción preferencial por los más desfavorecidos, por aquellos que están en posiciones más frágiles y más vulnerables de la sociedad. No se puede alcanzar un progreso para todos priorizando a aquellos que mejor están ya que, en este supuesto, los más desfavorecidos quedarían a un lado.

En penúltimo lugar, el artículo tratará sobre el cambio de estructuras necesario para alcanzar un verdadero desarrollo humano. Se estudiará lo que las enseñanzas cristianas denominan “estructuras de pecado” que no son más que aquellas que impiden y perjudican los avances que se quieren realizar para alcanzar un verdadero desarrollo en nuestras sociedades.

Por último, el artículo verá cómo las enseñanzas cristianas sobre el desarrollo nos indican que no es posible un verdadero desarrollo sin un cambio antropológico. Se necesita una modificación de conciencias y de cosmovisión que tenga una envergadura y profundidad similar a la que ha ejercido el sistema económico vigente en la mentalidad de las personas. Es necesario que la entronización ética de la crematística (nombre que define según la nomenclatura de Aristóteles al afán de beneficios que tiene el comerciante cuyo único objetivo es este, ganar dinero) dé un giro total para que sea la economía (en el sentido

aristotélico de gestión de la casa, de buscar lo que se necesita) la que tenga la preponderancia en la manera de organizar nuestras sociedades.

Para ello, se verá cómo el pensamiento humanista cristiano clama por dejar de potenciar el pensamiento y la actuación egoísta que legitima la búsqueda del beneficio propio. La búsqueda del propio beneficio no es el único motor de actuación válido para que los procesos económicos funcionen correctamente. El verdadero desarrollo necesita de unos valores y una dinámica del don para hacerse efectivo. Potenciar la búsqueda del bien común (ante la búsqueda del propio), la racionalidad del don (ante la racionalidad utilitarista), la economía que potencia las relaciones personales (ante una economía despersonalizada) y el crecimiento y producción de bienes relacionales (ante la saturación de bienes individuales) son caminos necesarios para que se dé un verdadero desarrollo humano. Sin este cambio profundo va a ser difícil salirse de las sendas ya transitadas o no derivar hacia otras que nada tengan que ver con lo que se viene a denominar desarrollo humano.

Y es esta última parte en la que el pensamiento social cristiano quizá tenga más que aportar. Es en esta reflexión y en los caminos para lograrlo donde se pueden dar unas pautas más certeras y donde la originalidad de este pensamiento pueden resultar más sugerente para todos aquellos que quieren apostar por un desarrollo humano que vaya más allá de lo que se está entendiendo normalmente por desarrollo. Es aquí donde se descubre que perseguir el desarrollo humano no es solamente una cuestión de cambiar la meta a alcanzar, de dirigirse hacia un lugar distinto al que lo hace el desarrollo económico, sino también de modificar los caminos que se toman, de avanzar por otros senderos que modifiquen las maneras de actuar, los modos de entender la economía, los comportamientos económicos habituales y la mentalidad que los sustenta. Este cambio, esta racionalidad económica humana, basada en las necesidades y no en el crecimiento, en la dinámica del don y no en la de la utilidad o el beneficio, es imprescindible para que se pueda dar un verdadero desarrollo humano y se logren avances hacia ese objetivo diferente que se plantea.

2. EL CRECIMIENTO ECONÓMICO NO ES DESARROLLO

El documento oficial de la Iglesia Católica que toca por primera vez el tema del desarrollo como cuestión central de su mensaje es la Carta Encíclica "*Populorum Progressio*", que sale a la luz el 26 de Marzo de 1967 (aunque se había estado preparando desde 1964)¹. Pablo VI (que es el Papa que firma este documento) toma como objetivo hablar en él de "La necesidad de promover el desarrollo de todos los pueblos". El mismo primer apartado del preámbulo de la Carta Encíclica se titula "El desarrollo de los pueblos". Por lo tanto, aunque no es el primer documento oficial de la Iglesia en el que se trata este tema (otros

¹ Las Encíclicas son cartas que escribe el Papa a quienes son sus colaboradores inmediatos, los obispos y a todos los estamentos y personas religiosas o no. Por lo tanto, se trata de misivas en las que se quiere trasladar un mensaje oficial (la oficialidad deriva de quien los firma, el papado) y que pretenden de alguna manera, fijar la postura que tiene la Iglesia Católica en determinadas cuestiones. Es evidente que no todo el pensamiento social cristiano está recogido en esta clase de documentos y que estos no tienen por qué recoger todos los aspectos que los científicos sociales cristianos abarcan. Sin embargo, van a ser utilizados en repetidas ocasiones en este artículo (sin desechar, por supuesto, otros escritos de estudiosos cristianos) porque al ir destinado especialmente a estudiosos no necesariamente conocedores o alineados con esta clase de pensamiento, se evita de esta manera que se piense que lo que se afirma en él es algo que solamente es concluido por una parte de los pensadores cristianos en contra de lo que dice la "Iglesia oficial". En este sentido, observaremos que hay una gran convergencia entre lo que se afirma desde las instancias oficiales y lo que estudian aquellos investigadores sociales que consagran su trabajo a este tema desde esta perspectiva.

documentos anteriores² ya lo hacen de una manera tangencial) sí que es el primero (que no el último como se verá más adelante) en el que el desarrollo es la cuestión principal a la que se consagra toda la Carta Encíclica.

La importancia de este documento hace que vayamos a nombrarlo en más ocasiones a lo largo de este artículo, pero en este momento vamos a utilizarlo para ver una de las características esenciales del pensamiento cristiano sobre el desarrollo. Me refiero a lo que en el apartado 14 de este documento se describe como “visión cristiana del desarrollo”. La frase que inicia este apartado es clara y meridiana “El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico”. Esta idea ya había sido desarrollada por pensadores cristianos como Louis-Joseph Lebret que colaboró conjuntamente con Pablo VI en la redacción de esta Carta Encíclica Camacho (1991, pp. 377-8). Sin embargo, es aquí donde toma entidad como la base de todo el pensamiento cristiano sobre el desarrollo.

La fuerza que tiene a la hora de asentar sobre ella toda la reflexión sobre el desarrollo se basa en la contraposición que ofrece a la que ha sido, y con frecuencia es, una creencia claramente grabada en el pensamiento económico de aquellos años y de la actualidad: la de que al final, toda idea de desarrollo se puede resumir en las cifras de crecimiento económico. Esta idea se debe, esencialmente, a que algunos autores afirman que no es posible hablar de desarrollo si no existe un crecimiento económico: “El proceso de desarrollo económico no puede darse sin la expansión de la oferta de comida, vestido, vivienda, servicios médicos, educación, etc.”³ (Sen, 1988, p. 12) o “Los tres aspectos importantes del desarrollo son el incremento de los niveles de vida de la gente, sus niveles de renta, su consumo de comida, servicios médicos, educación... a través de un proceso relevante de crecimiento económico; la creación de las condiciones que lleven a un crecimiento de la autoestima de la gente a través del establecimiento de instituciones y sistemas económicos, sociales y políticos que promocionen la dignidad humana y el respeto; un incremento de la libertad de las personas agrandando sus posibilidades de elección y aumentando las posibilidades de consumo de bienes y de servicios” (Todaro, 1997, p. 685).

Como se puede observar en estas dos definiciones de dos autores que han dedicado gran parte de su quehacer intelectual a tratar el tema del desarrollo, aunque ninguno de estos dos autores creen que el desarrollo se pueda reducir al simple crecimiento económico, sí que lo consideran lo suficientemente importante para que no pueda entenderse el primero sin que se de el segundo. Sin embargo, otros autores directamente identifican ambos. En estos casos el crecimiento aparece de manera que se da lo que algunos han venido a denominar el “culto al crecimiento” (Laird, 2000, p. 7) otros lo ven como una “verdadera fe, con el poder de mover montañas” (Gaay y Klein, 2000, p. 18) y algunos afirman que “existe una fe general en las virtudes del progreso económico” (Stiglitz, 1993, p. 1094). Ya no se ve tan sólo como una parte sin la cual el desarrollo (que implicaría más aspectos diferentes a este) no se daría, sino que se identifica claramente al crecimiento económico con el progreso o desarrollo. Existe, de hecho, una verdadera obsesión por crecer. Podemos escucharla en las declaraciones económicas que de políticos y economistas. Nuestra sociedad quiere crecer, no sólo en un porcentaje elevado, sino hacerlo en una proporción superior al que tienen los países que nos rodean. No me sirven sólo unas cifras buenas de por sí, sino que tenemos que compararlas con las de nuestro entorno.

² Como la Carta Encíclica *Mater et Magistra* escrita por Juan XXIII en 1961 que diferencia e su número 73 el desarrollo económico del progreso social, dándole a ambos categorías diferenciadas.

³ Traducción propia.

Esta búsqueda del crecimiento se realiza porque se da una identificación plena entre el incremento de la renta de un país y la mejora de su bienestar. Es por ello que tener más aparece como algo atractivo a los ojos de los economistas y de la población en general. Los manuales de introducción a la economía al uso han reafirmado esta creencia a través de las enseñanzas que han impartido en los niveles básicos de enseñanza universitaria: "El crecimiento económico es vital para los ciudadanos de un país porque significa el crecimiento de los salarios reales y la mejora de los niveles de vida" (Samuelson y Nordhaus, 1993, p. 662) "El crecimiento económico es la herramienta más poderosa para generar una mejora en los niveles de vida en el largo plazo. El que nuestros niveles de vida aumenten a lo largo del tiempo depende básicamente de que aumente el ingreso nacional" (Lipsey y Chrystal, 1999, p. 628). De hecho, se llega a identificar de una manera directa el crecimiento económico y los mayores niveles de vida con el bienestar (Mankiw, 1998).

Ante este nivel de entronización del crecimiento económico para que sea el principal objetivo económico (y político con frecuencia) de las sociedades, teóricos e instituciones internacionales afirman, tal y como realiza la Carta Encíclica a la que se ha hecho mención, que el desarrollo no puede reducirse exclusivamente al crecimiento económico: "No hay vínculos automáticos entre crecimiento económico y desarrollo humano" PNUD (1996: iii) El desarrollo es para el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), algo más, no puede circunscribirse al simple crecimiento económico. Por ello llevan publicando desde 1990 un indicador que habla de desarrollo humano, para diferenciar este del crecimiento económico. Como describe Joan Bestard (2003, p. 231) "tanto la Doctrina Social de la Iglesia como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo intentan superar la concepción exclusivamente económica del desarrollo".

El pensamiento cristiano sobre el desarrollo tiene desde el principio, la idea clara de que el crecimiento económico, el bienestar material derivado de una mayor riqueza que se puede conseguir a través de este, no se puede identificar de una manera automática con el desarrollo. Del mismo modo que el PNUD afirmaba (1990, p. 35) que "Algunas sociedades pueden carecer de progreso humano a pesar del rápido crecimiento de su PNB o sus altos niveles de ingreso *per cápita*, a menos que se adopten algunas medidas adicionales", Juan Pablo II afirmaba unos años antes en su Carta Encíclica *Sollicitudo rei Socialis* (1987, p. 21) "El crecimiento económico no mejora *automáticamente* las vidas de las personas, ni en sus propias naciones ni a escala internacional". El punto de partida de todo el pensamiento cristiano sobre el desarrollo es, por tanto, el mismo que se da en todo el pensamiento contemporáneo alrededor del desarrollo humano: cuando hablamos de desarrollo estamos hablando de algo más, no sólo de tener más cosas, no sólo de que nuestra producción se incremente. No se puede medir el desarrollo humano a través del PIB únicamente. Existen otras cuestiones que hay que tener en cuenta para poder hablar de un verdadero desarrollo.

3. SER Y TENER

La idea clave sobre la que se basa el pensamiento humanista cristiano para denunciar un desarrollo basado en el crecimiento económico y en la acumulación de bienes y servicios es la diferenciación esencial que hace entre el "tener y el ser". Es, otra vez, la Carta Encíclica *Populorum Progressio* (Pablo VI, 1967, p. 19) la que afirma que "El tener más, lo mismo para los pueblos que para las personas, no es el fin último. Todo crecimiento es ambivalente. Necesario para permitir que el hombre sea más hombre, lo encierra como en una prisión, desde el momento que se convierte en el bien supremo, que impide mirar más allá. Entonces los corazones se endurecen y los espíritus se cierran; los hombres ya no se unen por amistad sino por interés, que pronto les hace oponerse unos a otros y desunirse. La búsqueda exclusiva

del poseer se convierte en un obstáculo para el crecimiento del ser y se opone a su verdadera grandeza; para las naciones, como para las personas, la avaricia es la forma más evidente de un subdesarrollo moral”.

Con esta afirmación, no sólo sigue una tradición milenaria que proviene de la sabiduría judía y que es mantenida por la introducción del cristianismo (Lluch Frechina, 2010) como es la condena de la avaricia como una de las fuentes de todo mal, sino que se advierte que el tener más, no sólo no tiene por qué llevar hacia una mejoría del bienestar, sino que cuando se convierte en el único objetivo a perseguir, puede impedir el bienestar y la felicidad deseada. La obsesión por el tener conlleva personas permanentemente insatisfechas, personas cuyo objetivo principal es sustituir cosas que ya se tienen por otras nuevas y consumir nuevos bienes en el convencimiento de que esto les va a llevar a un mayor bienestar o a una mayor felicidad. Esto se vuelve en contra de ellas y finalmente, en lugar de lograr el objetivo planteado, se alcanza precisamente lo contrario, es decir, una infelicidad vital que no permite madurar o mejorar como persona. Los estudios de la denominada economía de la felicidad certifican estos resultados. No hay una coincidencia directa entre un incremento de la renta per cápita y una mejora en los niveles de felicidad (Easterlin, 1974). Los determinantes de la felicidad en las personas son otros diferentes que no tienen que ver exclusivamente con el tener.

Pero no sólo los teóricos de la economía de la felicidad constatan que no existe una relación directa entre el tener y el bienestar. Otros autores como Daly y Cobb (1989) proponen la construcción de un índice denominado ISEW (*Index of Sustainable Economic Welfare*). Este índice les lleva a constatar cómo, cuando existen niveles bajos de renta el incremento de la renta de un país y del bienestar corren paralelos. Sin embargo, al alcanzar un determinado nivel algo superior al necesario para cubrir con tranquilidad las necesidades básicas, esto ya no sucede. A partir de ciertos niveles de renta, la evolución del ISEW y del PIB siguen sendas divergentes. El título de una de las publicaciones de Cobb, Halstead y Rowe (1995) es significativa en este sentido: “Si el PIB crece ¿Por qué América empeora?”⁴. Encontramos otros autores que también constatan como el simple tener no incrementa el bienestar de las personas, sino que se necesita algo más. Las personas en las sociedades más ricas tienen más, sin embargo, esto no supone necesariamente que estén mejor. De hecho, los porcentajes de personas insatisfechas, poco felices o que sufren enfermedades psíquicas no mejoran por tener una renta per cápita superior.

En este sentido, algunos teóricos hablan del incremento de lo que se denominan consumos experienciales que son aquellos que permiten vivir algo, experimentar alguna sensación. Se han realizado estudios que demuestran cómo las experiencias proporcionan mayores niveles de felicidad que las adquisiciones materiales (Van Boven y Gilovich, 2003, p. 1193). Por ello, una parte de la población busca esta clase de consumos en lugar de los materiales. El tener queda entonces en una posición de segunda fila a la hora de determinar el bienestar y la felicidad de la ciudadanía. De hecho, las propuestas de economías alternativas o de otras maneras de planteamiento del consumo y de la vida económica actual inciden en este aspecto. Consumir menos no tiene por qué ser algo que sea necesariamente perjudicial para quien lo practica sino todo lo contrario. Se constata por parte de estos teóricos cómo existe una relación contraria entre el estilo de vida que prioriza el tener con la felicidad (Soper, 2009). De este modo, se pide (tal y como reclama el pensamiento cristiano) la priorización del ser sobre el tener, valorar más aquello que nos construye como personas que la simple acumulación de bienes. El cambio de modo de vivir, el olvidar el modelo actual para priorizar

⁴ Traducción propia.

otras clases de vida que insistan en cuestiones diferentes al tener, no supone entonces un sacrificio, sino una opción de una vida mejor, una apuesta que llevará a aquellos que opten por ella a un mayor bienestar que el alcanzado por el paradigma vigente de acumulación de bienes materiales (Schor 2010, p. 2).

Esta misma idea se trasluce también en aquellos que hablan sobre los bienes relacionales. Las transacciones económicas se han convertido en la actualidad, con demasiada frecuencia, en actividades despersonalizadas. En esto no sólo han contribuido las nuevas tecnologías (que nos permiten comprar sin necesidad de contactar directamente con persona alguna) sino que con anterioridad, los nuevos conceptos de distribución al por menor ya habían colaborado enormemente en este proceso: los autoservicios, las grandes cadenas de distribución, los supermercados... La relación personal que se da cuando se realiza una compraventa en un mercado, en una tienda pequeña, se ha perdido en los nuevos modelos de negocio. Esto se da así porque la racionalidad económica actual solamente tiene en cuenta los bienes de consumo individual para generar satisfacción. Es decir, es la cantidad de bienes individuales la que genera más o menos satisfacción en las personas y esto olvida totalmente el carácter relacional de la persona. Somos personas en la medida que nos relacionamos con los otros y es la calidad de estas relaciones uno de los elementos clave para ser más o menos felices. El elemento del ser tiene que ver más con las relaciones que se tienen y se establecen con los demás que con el tener y acumular para uno mismo.

Por ello, algunos autores insisten mucho en la necesidad de tener en cuenta lo que se denominan “bienes relacionales”. Definen estos como “un patrimonio de conocimiento mutuo, de experiencias comunes, de hábitos de cooperación que ayudan a llevar una buena vida y a tener unas sinergias positivas que van más allá de lo económico” (Gui, 2001, p. 153) Estos bienes relacionales son más importantes que los individuales y tienen una relación más directa con el bienestar que los primeros. Esta es una de las razones por las que con frecuencia no existe una relación directa entre el tener y el bienestar de las personas. Si se tiene más pero es a costa de sacrificar la relación con los otros, esto no va a repercutir en un progreso o en una mejora. Despreciar esta clase de bienes supone un retroceso que lleva a las personas a perseguir un falso objetivo de felicidad que olvida uno de los componentes esenciales de la raza humana como es, precisamente, la potenciación de las relaciones con los demás. Por ello, estos autores insisten en la necesidad de incorporar esta clase de bienes en la mente de las personas para lograr superar el tener e insistir en el ser.

Esta idea es corroborada por Juan Pablo II en su Carta Encíclica *Sollicitudo rei Socialis* (1987, p. 28) “El mal no consiste en el «tener» como tal, sino en el poseer que no respeta la *calidad* y la *ordenada jerarquía* de los bienes que se tienen. *Calidad y jerarquía* que derivan de la subordinación de los bienes y de su disponibilidad al « ser » del hombre y a su verdadera vocación. Con esto se demuestra que si el *desarrollo* tiene una *necesaria dimensión económica*, puesto que debe procurar al mayor número posible de habitantes del mundo la disponibilidad de bienes indispensables para «ser», sin embargo no se agota con esta dimensión. En cambio, si se limita a ésta, el desarrollo se vuelve contra aquéllos mismos a quienes se desea beneficiar.”

El pensamiento cristiano no cree que el tener en sí mismo sea malo. La persona necesita tener para ser. Si no se cubren las necesidades básicas, si no se puede llevar una vida digna en el entorno en el que se vive no hay manera de “ser persona”. El hambre, la necesidad, de igual forma que la falta de libertad, la violencia, la opresión, nos impiden desarrollar todo nuestro ser, proyectarnos como personas para avanzar, para mejorar, para madurar... Por todo ello, se comprende que el desarrollo pueda incluir una dimensión material, una parte necesaria de

incremento del tener. Especialmente, cuando lo que se tiene no es suficiente para vivir dignamente.

El desarrollo, desde este punto de vista, incluye la concepción de que todos deben tener lo suficiente para poder ser. El orden de prioridades se cambia, el tener deja de ser un fin en sí mismo para pasar a ser un medio para el ser. El progreso no debe llevar a que se tenga más, sino a que todos tengan lo suficiente para ser. El desarrollo se centra en el “ser” y el “tener” se queda solamente en un instrumento para lograr el objetivo principal. Por ello, en la dinámica de desarrollo cristiano, la persona tiene una centralidad esencial. Todos los progresos están destinados a que esta se pueda desarrollar plenamente y solamente aquellas políticas que consigan profundizar en esto van a ser adecuadas.

4. EL TENER COMO UN NUEVO DIOS

El pensamiento cristiano avisa sobre cómo la concepción de que el crecimiento económico es el verdadero desarrollo esconde una nueva modalidad de religión en la que el tener, la ambición por el dinero, se han convertido en los nuevos dioses a los que hay que rendir pleitesía y ante los que hay que realizar sacrificios. De hecho el vocabulario normal de las élites políticas y económicas está lleno de esta clase de expresiones “sacrificiales” para justificar las políticas que se adoptan en aras de lograr en un futuro un crecimiento económico superior. Como afirma Sung (1999, p. 21) “La economía está fundada, como todas las ciencias, en ciertos presupuestos filosóficos; más aún, está fundada también en presupuestos teológicos o metafísicos”. La economía ofrece una utopía a seguir Lluch Frechina (2002). Un objetivo que promete una mejora para todos, un horizonte que permite (al menos teóricamente) luchar por algo mejor, por algo por lo que vale la pena luchar. Tiene poca importancia que esta aparente utopía no lo sea en realidad sino que se comporte más bien como una verdadera distopía (ya que a pesar de cumplir una de las características de la utopía como es que nunca se puede alcanzar, no cumple la otra, ya que el mundo que logra y el horizonte que ofrece no son tan perfectos como cabría esperar). El horizonte de un mayor crecimiento actúa, en realidad, como una estructura religiosa en la que se puede creer y que ofrece una promesa de vida mejor. Hay sacerdotes económicos que defienden esta promesa con fervor y niegan, con frecuencia, las realidades más evidentes para seguir apostando por esa meta de crecimiento económico continuado.

La utopía del crecimiento económico ilimitado funciona de tal manera que muchas personas y sociedades que no la viven pasan con rapidez a convertirse en fervorosos adeptos de esta religión del mercado. Si atendemos a las ideas de Fukuyama (1992) este ve al mercado como fruto de la evolución, como el último estadio de la historia. Según esta concepción lograr la acumulación ilimitada de riquezas, la satisfacción de más deseos, alcanzar unos avances de la técnica que permitan seguir teniendo cada vez más, es el punto en el que las sociedades se perfeccionan y realizan sus anhelos. Esta concepción nos dice que para ser una sociedad más avanzada, tiene que tender hacia la búsqueda del crecimiento ilimitado. Defiende que nadie se puede abstraer de esta manera de hacer las cosas, de este modo de organizar la economía y la sociedad. Solamente a través de una organización social que persiga esta finalidad, podremos acertar con el sistema que debemos seguir como sociedad.

En este sentido, el aroma religioso capitalista Sung (1999, p. 23) puede atraer a cualquier pueblo y a cualquier sociedad. El anhelo de entrar en el santuario del mercado hace que los países más pobres y las personas más desfavorecidas quieran acumular riquezas a cualquier precio. Es lo único que les va a llevar a tener poder y reconocimiento en la sociedad actual, lo único que les va a colocar en el circuito principal de nuestro mundo. Por ello estas sociedades no van a estar preocupadas por lograr una sociedad justa, fraterna, libre y humana,

sino por acercarse al ideal del mercado, que es el que les va a llevar hacia esa utopía que se concibe como lo más importante.

Esto lleva a que autores como Barro (1997, p. 64) apoyen el recurso a gobiernos no democráticos para que impongan las reformas económicas encaminadas a la mejora de la economía de mercado. Desde su punto de vista es preferible un gobierno no democrático sobre otro democrático que no realice políticas que promuevan la economía de mercado. Lo que se deja traslucir aquí es una idea de que lo prioritario es el crecimiento económico y, en segundo lugar, llegará el progreso político. Este autor llega a afirmar que “los países occidentales industrializados ayudarían más a los países pobres exportándoles sus sistemas económicos, en especial el libre mercado y los derechos de propiedad, que exportando sus sistemas políticos... A largo plazo, la exploración de los sistemas económicos occidentales también permitirá la difusión de la democracia” (Barro, 1997, p. 29)⁵.

Esta verdadera fe en el poder del mercado para alcanzar la utopía del tener más, de ser cada vez más ricos y poder disfrutar de ese país de jauja en el que se “atan perros con longanizas” Eco (2013, p. 290) tiene dos consecuencias principales sobre el análisis de la realidad que hacen los adeptos de esta religión. La primera es la confianza absoluta en la no intervención y en el poder del mercado para lograr ese anhelado crecimiento. Se opina que la fuente de todos los males existentes en la economía y el porqué esta no logra los objetivos perseguidos, es el afán intervencionista de gobiernos y de algunos colectivos. Cuando algo funciona mal no se debe a que el mercado provoca problemas, sino a que no hay suficiente mercado, a que este no está funcionando como es debido por causa de sus imperfecciones y de las normativas que están pervirtiendo su funcionamiento o están impidiendo que funcione de una manera fluida y sin intervenciones externas.

La segunda tiene que ver con algo muy arraigado en la mayoría de las religiones como es el sacrificio. Como el esquema religioso tiene un anhelo principal, un objetivo prioritario en forma de utopía al que hay que subordinar todo lo demás, esto introduce la necesidad de sacrificios. Para lograr adaptarse a lo que exigen los mercados hay que aceptar la necesidad de sacrificios aunque estos sean dolorosos y recaigan, con demasiada frecuencia, en los más desfavorecidos. No hay más que escuchar los mensajes que se han dado con ocasión de la crisis que se ha desarrollado en España en los primeros años del siglo XXI para percatarse de este espíritu sacrificial: “Saldremos adelante, nos costará, pero lo haremos. No ofrecemos esperanzas, ni siquiera buenos deseos. Ofrecemos convicción. España entera arrimará el hombro. Aceptaremos los sacrificios. Soportaremos las renunciaciones. Aprovecharemos mejor nuestros recursos. Y no cejaremos hasta que llegue el día en que podamos descansar y sentirnos, ante el mundo entero, orgullosos de nuestro esfuerzo”⁶. “El presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, ha instado hoy a “repensar” la UE para que avance más rápidamente en su integración y ha emplazado a que los sacrificios de países como España cuenten con más apoyo de otros socios y de las instituciones europeas y no se hagan a costa de la cohesión”⁷. “Merkel ha añadido que a otros países «les ha costado décadas levantarse». La conclusión es que, aun sabiendo el «sufrimiento de muchos griegos», sin las medidas

⁵ Es evidente que esta tesis está radicalmente en contra a lo que piensan la mayoría de aquellos que hablan de desarrollo humano y especialmente a la tesis de Amartya Sen (2000, p. 197) que afirma que “El desarrollo y el fortalecimiento de un sistema democrático constituye un componente esencial del proceso de desarrollo. Hemos afirmado que la importancia de la democracia reside en tres virtudes: 1) su importancia intrínseca. 2) Su contribución instrumental 3) su papel constructivo en la creación de valores y normas”.

⁶ Rajoy en su discurso 18 de Febrero de 2012, El País 19 de Febrero http://politica.elpais.com/politica/2012/02/19/actualidad/1329683927_162114.html (7/2/2014).

⁷ Noticia de el economista del 10 de Abril de 2013, <http://www.intereconomia.com/noticias-negocios/politica-economica/rajoy-pide-mas-apoyo-ue-sacrificio-espana-e-insta-repensar-euro> (7/2/2014).

adoptadas por el gobierno, «la situación sería mucho más dramática que ahora».⁸ Estas breves muestras reflejan este espíritu de sacrificio, esa petición de esfuerzos que hay que realizar para lograr una mejora en la confianza de los mercados para alcanzar un futuro crecimiento que ahora no se tiene. El espíritu religioso que impregna esta manera de entender las cosas ayuda a realizar sacrificios que permitan acercarse a esas promesas de crecimiento ilimitado que ofrece nuestro sistema económico. Todo vale la pena a pesar de que en apariencia sea malo, porque el resultado final va a ser una mejoría para todos.

La conciencia de este espíritu religioso de carácter fundamentalista en la defensa de las bondades del mercado y de la necesidad de acoplar todo comportamiento económico a unas leyes inexorables es necesaria para poder construir un desarrollo humano que se ajuste a otros parámetros. Sin el ofrecimiento de otro horizonte, de otra utopía atractiva para las personas que vaya más allá del que puede ofrecer la abundancia material, difícilmente se puede escapar a que este aparezca como el verdadero desarrollo y lo único por lo que vale la pena luchar. Hay que tener en cuenta que los desastres que trajo la búsqueda de las utopías totalitaristas durante el siglo XX supusieron una vacuna ante los peligros de las utopías y del seguimiento de estas. De este modo, el crecimiento como desarrollo no se muestra como una utopía, sino que parece una bajada a la realidad, una alternativa que está tocando tierra, algo que va en contra de un pensamiento utópico fatal. Sin embargo, no se trata más que de otra utopía diferente, otro objetivo que persiguen los pueblos y las personas pensando que les va a proporcionar la mejora que todos anhelan de una manera legítima.

Por ello, conocer que las personas y los pueblos necesitan un horizonte hacia el que avanzar, conocer que la economía de mercado también está ofreciendo una alternativa religiosa con sus propios sacerdotes, con su liturgia, con su espíritu sacrificial y su promesa de una mejora para aquellos que la siguen, es clave a la hora de proponer alternativas. Comprender el carácter religioso de la obsesión por el crecimiento es esencial para poder realizar alternativas válidas a esta manera de entender la sociedad y la economía. Esto nos lleva también a ver por qué en la sociedad actual han perdido fuerza las ideas de fraternidad, justicia o igualdad, que aparecen como obstáculos reales para lograr la meta que se pretende que no es otra que la de incrementar la riqueza y conseguir mayor renta per cápita para todos. Existe una promesa de mejoría que hace que se puedan sacrificar estos ideales por algo que vale la pena y que se considera por encima de ellos.

5. LA CONFUSIÓN DE LAS NECESIDADES Y LOS DESEOS O APETENCIAS

En una edad tan temprana como 1690, Nicholas Barbon en su “Discurso sobre el Comercio” afirmaba que todos teníamos dos clases de necesidades, las corporales y las mentales. Las primeras eran pocas (comida, vestidos y alojamiento) y eran necesarias para sobrevivir, mientras que las segundas eran las que satisfacían los deseos que eran apetitos de nuestra alma y que son infinitos, tan naturales para nosotros como el hambre para el cuerpo (Barbon, 1690, p. 4). Además, pensaba que según una sociedad va siendo más culta y más refinada, la cantidad de necesidades de esta clase se va incrementando. Esta idea ha perdurado en el pensamiento económico, de manera que el objeto del deseo y de las apetencias se ha seguido considerando como una necesidad a lo largo del tiempo. De hecho, en muchos de los manuales de Introducción a la Economía se sigue diciendo que la economía estudia cómo satisfacer necesidades infinitas con unos recursos escasos.

⁸ Noticia de Euroxpress del 9 de Octubre de 2012 <http://www.euroxpress.es/index.php/noticias/2012/10/9/merkel-reconoce-los-sacrificios-de-los-griegos-pero-pide-mas/> (7/2/2014)

Es evidente que esta idea tiene una relación muy directa con la concepción del desarrollo como crecimiento. En la medida que las necesidades no acaban, cuando se han cubierto las que se tenían con anterioridad se pasa a tener unas nuevas que hay que cubrir. Este proceso lleva a que poder producir más para poder cubrir los deseos que se autogeneran debido al avance de la sociedad, es una muestra de progreso y de sofisticación social. Aparecen aquí, varios tipos de consumo, no sólo aquel que sirve para cubrir lo que Barbon denominaba las necesidades del cuerpo, y que nosotros podemos clasificar como las verdaderas necesidades, sino también aquel consumo que lo que busca es la diferenciación con respecto a los otros o el incluirse en el mismo grupo que los otros. Es lo que se ha venido a denominar consumo relativo o consumo de bienes posicionales (Bruni, 2004, pp. 57-59). En esta clase de compras de bienes y servicios, lo importante no es la cantidad de los mismos o que esta sea suficiente o no (elementos clave cuando estamos pensando en bienes que cubren verdaderas necesidades en los que lo esencial es que sean suficientes para que se consiga el fin perseguido de comer lo suficiente, protegerse del frío o el calor, curar una enfermedad, etc.) sino en qué medida consumimos lo que tienen todos para poder ponernos a su nivel o consumimos algo que no tienen nadie o que tienen sólo unos pocos para poder diferenciarnos del resto.

En nuestra sociedad actual, la economía se basa sobre todo en la producción de estos bienes posicionales y la potenciación de este consumo relativo en el que lo importante no son las necesidades, sino ver qué es lo que sucede alrededor, qué es lo que tienen los otros, para poder apropiarse de lo mismo que tienen todos o para poder diferenciarse adquiriendo bienes diferentes. Los negocios, la economía en su conjunto, se centra en la producción de bienes y servicios que no atienden a las verdaderas necesidades, sino que se centran en los deseos y las apetencias de las personas. En aquello que no necesito para vivir pero que quiero o deseo para ser como todos o para ser diferente de los otros. El desarrollo, el crecimiento económico, está sustentado en la consecución de esos bienes que equiparan a los ciudadanos de otros países más ricos o de esos que diferencian al rico de las otras personas, colectivos o países más pobres.

Ante este afán de tener para ser, de querer adquirir cosas que nos traen aparentemente un mayor bienestar ya que nos proporcionan satisfacciones extra que no nos da lo necesario, las enseñanzas cristianas han alertado ante lo que se ha llamado “el fenómeno del consumismo” (Juan Pablo II, 1991, p. 36). El primer aviso que se hace sobre esta manera de vivir la economía es algo de lo que ya se ha hablado en un apartado anterior: No se puede pensar que el tener va a llevarnos al ser. Es decir, tener cosas iguales o diferentes a los demás no lleva a nadie a ser más o menos. El ser no depende de lo que se tiene y no se puede conformar la personalidad o el ser con aquello que puede ser pagado con dinero. De hecho, se constata como estas clases de consumo dan lugar a satisfacciones “falsas y superficiales” que producen alienación en las personas en lugar de llevarlas a realizarse como tales (Juan Pablo II, 1991, p. 41). Centrar la economía en esos consumos que no satisfacen necesidades no produce ni la diferenciación deseada ni la felicidad anhelada, sino una profunda alienación en aquellos que persiguen estos objetivos. Es por ello, que esta manera de organizar la economía no favorece a las personas como tales, sino que las predispone a modos de vida que no son acordes con la maduración de su naturaleza humana.

En segundo lugar, incide sobre cómo este modo de plantearse la existencia conlleva “estrictamente vinculado con él, *la cuestión ecológica*. El hombre, impulsado por el deseo de tener y gozar, más que de ser y de crecer, consume de manera excesiva y desordenada los recursos de la tierra y su misma vida” (Juan Pablo II, 1991, p. 37). El consumo excesivo y desordenado hace que las personas sólo se centren en ellas mismas y en poder compararse con

los demás para intentar ser como ellos o ser más que ellos. Esto hace que se olvide la importancia que tiene el sostenimiento del medio natural para la vida y la población se centre únicamente en sus anhelos y deseos particulares. Por ello, las enseñanzas cristianas piden que se realice “una honda revisión con amplitud de miras del modelo de desarrollo, para corregir sus disfunciones y desviaciones” (Benedicto XVI, 2009, p. 32). La confusión entre necesidades reales y apetencias y deseos que lleva a un modelo de desarrollo en el que lo importante es tener más, debe ser revisado, entre otras cosas, por el problema ecológico y de sostenimiento del planeta que plantea y que no puede continuar así a riesgo de que acabemos con los recursos que necesitamos para poder seguir subsistiendo en la tierra.

En tercer lugar, se precisa educar en la distinción entre lo que son necesidades y aquello que no lo son. Es preciso distinguir bien unas de otras, ya que para el pensamiento cristiano la economía debe centrarse no tanto en lo superfluo como en lo necesario. La economía no debe enfocarse hacia aquello que no es necesario, que no cubre aquello que se necesita para vivir de una manera digna en el entorno en el que cada persona vive, sino que debe conseguir de una manera prioritaria que todas y cada una de las personas puedan obtener lo necesario para vivir. Esto es algo tan básico que aparece en la principal oración de los cristianos “Danos hoy nuestro pan de cada día”. La petición no se centra en tener más, en lograr que haya un crecimiento sin fin que traiga más riquezas, sino en pedir lo necesario, lo que es imprescindible para vivir... El pan de cada día representa esto, los bienes precisos para poder llevar una vida digna en cada entorno. No se precisa de una organización económica que garantice un crecimiento sin fin, no se eleva una oración para que esto se consiga, sino que se necesita una organización económica que dé a todos lo suficiente para vivir, que se centre en lo necesario y no en lo superfluo como la actual. Se precisa, por tanto, un modelo de desarrollo que busque unos objetivos diferentes y que sepa diferenciar entre lo necesario y aquello que tan sólo es querido debido a deseos y apetencias. Un modelo de economía que a partir de la diferenciación de necesidades y deseos y apetencias, sepa centrarse en garantizar a todos lo primero y no a unos pocos lo segundo. El “desarrollo auténtico y verdadero no consiste en la riqueza egoísta y deseada por sí misma, sino en la economía al servicio del hombre, el pan de cada día distribuido a todos” (Pablo VI, 1967, p. 86).

6. LAS DIMENSIONES DEL VERDADERO DESARROLLO

Es evidente que toda esta reflexión que intenta desvelar las carencias y los puntos débiles de la concepción de desarrollo y de la organización económica vigente en nuestra sociedad, no podría sostenerse sin una propuesta propia de desarrollo que intente superar los problemas que tiene la concepción actual. Por ello, desde muy pronto, el pensamiento social cristiano ha aportado a la reflexión sobre el tema lo que considera deben ser las dimensiones que contenga cualquier concepción del desarrollo que intente, realmente, desarrollar una sociedad.

Son los números 20 y 21 de la Carta Encíclica *Populorum Progressio* los que definen lo que se puede considerar desde una visión cristiana como “verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas” (Pablo VI, 1967, p. 20). Se define aquí el desarrollo como algo al servicio de la persona, algo que lo que pretende es mejorar a las personas. El desarrollo se pone al servicio del hombre. Es pasar, de un desarrollo económico que tan sólo está al servicio del tener, a un desarrollo “humano” en la medida que está al servicio de la persona... Pero esta definición es insuficiente si no se concreta cuáles se consideran condiciones humanas o condiciones menos humanas.

La Carta Encíclica habla, en concreto, de condiciones menos humanas cuando: “Las carencias materiales de los que están privados del mínimo vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo... Las estructuras opresoras que provienen del abuso del tener o del abuso del poder, de las explotaciones de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones” (Pablo VI, 1967, p. 21) Esta descripción incluye en un primer lugar una preocupación primordial por los más desfavorecidos de la población (aspecto en el que este artículo va a profundizar con posterioridad). Una de las cuestiones más importantes contra las que tiene que luchar todo desarrollo es el de las carencias materiales, es el de la población que no tiene lo suficiente para desarrollar una vida digna. Esta circunstancia no se da solamente en los países más pobres, sino que también sucede en los países ricos. Por ello, pensar que una sociedad es más desarrollada o ha progresado si el número de pobres o de personas necesitadas no ha disminuido o se ha incrementado, es erróneo desde este punto de vista. Supone que uno de los principales objetivos del desarrollo que es acabar con estas carencias, no ha sido posible.

Un segundo aspecto en el que incide esta concepción del desarrollo afirma que el egoísmo, el pensar solamente en uno mismo, es algo que mutila a las personas y les impide realizarse como tales. La alienación de la que se ha hablado en las páginas anteriores y que impide a las personas mejorar como tales, tiene como origen ese egoísmo económico y antropológico que destila y que potencia la organización económica actual y esta concepción del desarrollo que solamente tiene en cuenta el crecimiento económico. Esta idea del egoísmo, y, en especial, del egoísmo económico como fuente de todos los males, ya es explicitada de manera clara por San Pablo en su 1ª Carta a Timoteo (6, 9-10) “Los que buscan riquezas caen en tentaciones, trampas y mil afanes absurdos y nocivos, que hundan a los hombres en la perdición y la ruina. Porque el amor al dinero es la raíz de todos los males, y muchos, arrastrados por ella, se han apartado de la fe y se han acarreado muchos sufrimientos” Por ello, desde el pensamiento cristiano, una sociedad que está potenciando y justificando como positivo para ella misma el egoísmo exagerado, el afán ilimitado de riquezas, es una sociedad que difícilmente puede potenciar la justicia y el bien común. Por ello, una de las partes esenciales del desarrollo es, precisamente, acabar con estas condiciones menos humanas de las personas, acabar con ese afán de egoísmo y riquezas que mutila y aliena a las personas.

En último lugar, incide en una idea que también va a ser analizada con más detalle en otro apartado de este artículo, como es la existencia de estructuras opresoras de la persona. Estructuras que impiden la libertad de los humanos obligándoles a hacer aquello que no desean, obligándoles a pensar como no quieren y forzándoles, en resumen, a actuar de manera diferente a lo que les marca su conciencia... El desarrollo debe centrarse también en superar estas estructuras, en evitar que sigan existiendo y que sigan actuando sobre las personas y limitando su actuación.

En resumen, el pensamiento social cristiano piensa que todo proceso de desarrollo debe incidir en tres ámbitos importantes. El primero es la lucha contra la privación material. Es decir, el intentar que todas las personas tengan lo suficiente para llevar una vida digna en el entorno en el que se encuentran. El segundo es en el ámbito personal. El desarrollo debe llevar hacia una población que se mueva menos por el egoísmo (especialmente el económico que es el origen de todos los demás) para superar este hacia una civilización y unas personas que utilicen otros criterios de actuación en su día a día. En tercer lugar, el desarrollo intenta acabar con unas estructuras de opresión existentes en nuestra realidad cotidiana que impiden a las personas actuar en conciencia. Los aspectos económico, personal y estructural van ligados en la concepción cristiana del desarrollo que intenta superar estas carencias o estas

condiciones de vida menos humanas tal y como las define la Carta Encíclica *Populorum progressio*.

Pero esta Carta no se frena aquí y aporta cuáles son las dimensiones positivas (y ya no las negativas como hasta aquí) que deben impregnar el verdadero desarrollo. A partir de lo indicado en este párrafo ya nombrado, podemos concluir que las dimensiones que tiene que abarcar un proceso de desarrollo para que este sea completo son las siguientes:

1. Mejorar las condiciones de los que peor están, reduciendo su situación de pobreza, exclusión o privación. Si una persona no tiene lo suficiente para vivir de una manera digna en el entorno en el que se encuentra, si la situación de necesidad en la que vive es muy precaria, va a ser imposible que se pueda desarrollar como persona. Además, las situaciones de necesidad pueden hacer que las personas que las sufren se vean abocadas a llevar adelante actuaciones que vayan en contra de sí mismo para poder subsistir. Por ello, todo proceso de desarrollo debe tener en cuenta la lucha contra las situaciones de pobreza, de hambre, de exclusión y de privación que impiden que las personas que las sufren puedan desarrollarse como tales. Es evidente que este aspecto es coincidente con casi todas las concepciones de desarrollo económico existentes aunque, como analizaremos más adelante, el enfoque cristiano se centra en que estas mejores condiciones deben llegar a todos, lo que va a suponer una principal incidencia en que las consigan los colectivos más desfavorecidos.
2. El verdadero desarrollo también debe intentar evitar las crisis sociales ya sean estas políticas o económicas. Estas crisis, que en el caso de las económicas se suelen dar de una manera cíclica, empeoran la situación de muchas personas y provocan que estas caigan en círculos de pobreza y exclusión que limita sus posibilidades y su dignidad. Una sociedad que quiera desarrollarse de una manera plena, debería articular sistemas que evitasen estas crisis periódicas y estas situaciones que llevan a condiciones de vida poco dignas (ya sea por las carencias materiales o por las situaciones de violencia) a una parte importante de los habitantes de una sociedad.
3. Ayudar a la formación de las personas, no sólo desde el punto de vista técnico o científico (que también) sino especialmente desde el punto de vista ético para formar hombres y mujeres sabios que puedan poner sus cualidades al servicio del bien común. La enseñanza no puede limitarse a los conocimientos técnicos. Estos son muy importantes en una sociedad compleja como en la que vivimos en la actualidad. Sin personas debidamente preparadas para afrontar los desafíos técnicos que nos ofrece el día a día en cualquier ámbito, poco podremos avanzar como sociedad y difícilmente podrá encontrar una manera digna de ganarse la vida aquellos que no tienen esta formación. Sin embargo, el aspecto técnico no es suficiente a la hora de plantear la tarea educativa. Personas muy preparadas para afrontar desafíos técnicos, pueden ser inútiles para afrontar los desafíos personales y sociales que el día a día conlleva. Es lo que Marina (2004) denomina “inteligencias fracasadas”. Por ello, la mejora educativa implica no sólo trabajar la inteligencia y los saberes técnicos, sino que también precisa de una educación ética que permita a los ciudadanos afrontar los desafíos personales y sociales del día a día y les permita alcanzar sabiduría más que inteligencia... De hecho, esta apuesta por la sabiduría y por la formación ética es el punto de más que aporta el pensamiento cristiano a algo que ya viene siendo bastante general en las ideas sobre el desarrollo humano, esto es, la inclusión de los aspectos educativos como una dimensión clave del desarrollo.

4. El cristianismo siempre ha considerado la igualdad básica de todas las personas. Como les dijo San Pablo a los Gálatas (3,28) “No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer...” Esta búsqueda de la igualdad en la dignidad de todas las personas supone que el desarrollo debe buscar la igualdad básica ante la ley. Desarrollarse es que la ley reconozca esta igualdad y que se supriman cualquier discriminación que exista en una sociedad por razón de sexo, raza, condición económica o política, etc. La igualdad fundamental de todas las personas debe verse recogida en el ordenamiento jurídico de una sociedad y hacerse efectiva de una manera real para evitar cualquier discriminación injusta. Sin este cambio de legislación que implica también la libertad de conciencia, de reunión, de expresión y tantas otras, no se puede hablar de desarrollo. Considerar este elemento como esencial en el proceso de desarrollo es algo compartido, entre otros, por el Premio Nobel de Economía Amartya Sen (2000).
5. Otro elemento clave del proceso de desarrollo es la mejora de la salud y de las condiciones de vida de las personas. Las dolencias y enfermedades, o la perspectiva de una vida corta limitan la capacidad que tienen las personas para poder realizarse como tales y para tener un proyecto de vida coherente y largo. El hecho de que haya personas que fallezcan por enfermedades para las que se conoce la cura simplemente porque no tienen capacidad económica o física de acceder a los medicamentos, al personal sanitario adecuado o porque desconocen los sistemas sencillos que puedan evitar que su enfermedad tenga consecuencias mortales o graves, puede considerarse como injusto y un límite importante para el progreso de la sociedad. Por ello el verdadero desarrollo también incide en la mejora de los sistemas sanitarios, en la educación para la prevención de enfermedades y en toda mejora que pueda tener repercusiones sobre la salud de la población. Hay que resaltar, por último, que tal y como sucede con la educación, este aspecto está incluido en la práctica totalidad de teóricos que tratan el desarrollo desde una visión que va más allá de la puramente económica.
6. Acorde con las condiciones de vida menos humanas, otro de los desafíos que tiene el proceso de desarrollo es el de superar el egoísmo y la búsqueda del bien propio como único motor de la acción. Como ya se ha visto, el amor al dinero se considera, no como un vicio privado que lleva a un bien público, sino como un vicio privado que es fuente de insatisfacción personal y de construcción de estructuras injustas que no favorecen al colectivo y menos a los más desfavorecidos. Por ello el desarrollo también es acabar con esta concepción egoísta de la economía. Como Benedicto XVI (2009, p. 36) afirmó, “en las *relaciones mercantiles* el *principio de gratuidad* y la lógica del don, como expresiones de fraternidad, pueden y deben *tener espacio en la actividad económica ordinaria*. Esto es una exigencia del hombre en el momento actual, pero también de la razón económica misma. Una exigencia de la caridad y de la verdad al mismo tiempo”. El desarrollo implica cambiar los valores imperantes en el quehacer económico y sustituir la negativa dinámica del egoísmo y el amor al dinero por la dinámica de la gratuidad y la fraternidad. Ello implica sociedades que se centren en lo necesario, que busquen que todos cuenten con aquello que precisan, para alcanzar la satisfacción y disfrutar doblemente de lo no necesario. Esto además conlleva personas libres que al no estar pendientes de unas necesidades ilimitadas puedan dedicar sus esfuerzos más al ser que al tener y les permite construir justicia, paz y bien común. Como matizaré más tarde, esta es una aportación clave del pensamiento cristiano al desarrollo humano.

7. El siguiente aspecto fundamental para poder hablar de verdadero desarrollo es la paz. Como afirmó Pablo VI “*El desarrollo es el nuevo nombre de la paz*” (1967, p. 76) Por que la paz va más allá de la ausencia de guerra y violencia, pero sin esta paz entre las personas, entre las comunidades, entre los pueblos, entre las naciones no se puede dar un verdadero desarrollo. La lucha en contra de las guerras, de los conflictos y de la violencia es uno de las dimensiones esenciales del verdadero desarrollo.
8. La última dimensión del desarrollo según el pensamiento cristiano busca la articulación de estructuras liberadoras que potencien la libertad de las personas y de los colectivos. Ahora bien, esta libertad necesaria para poder hablar de desarrollo no se limita a la libertad para poder hacer, pensar o decir lo que se quiera, sino que la verdadera libertad para el cristianismo es aquella que permite a las personas mantener una coherencia entre sus conciencia y sus hechos. Es decir, la verdadera libertad es aquella que potencia y permite que aquel que quiera hacer el bien a los demás, no encuentre trabas para hacerlo ni estructuras que le impidan llevar adelante sus propósitos. Por ello, las estructuras liberadoras no sólo permiten sino que también apoyan a aquellos que quieren actuar con arreglo a su conciencia y quieren tomar opciones de vida que estén marcadas no por el egoísmo, sino por el altruismo y la preocupación por los demás y el bien público.

7. EL VERDADERO DESARROLLO ES PARA LAS PERSONAS

Como se ha podido observar a largo de este artículo, el enfoque de desarrollo que tienen las enseñanzas sociales cristianas va enfocado directamente a la promoción de la persona. La finalidad del desarrollo no puede ser otra que la promoción de la persona como tal y no de cualquier persona, sino de todas las personas. La transformación que defienden estas enseñanzas aporta al concepto de desarrollo y de estructura económica vigente varias líneas que pueden inspirar este cambio: “la prioridad de lo humano sobre lo económico, la continua resistencia frente al determinismo economicista y los conceptos de justicia y bien común”⁹ (Fortman y Goldewijk, 2000, p. 86). Y es precisamente el concepto de bien común el que nos interesa en estos momentos para matizar qué quiere decir el desarrollo para las personas.

“El bien común es el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección” (Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, 2005, p. 83). Este concepto de bien común que ilumina el concepto de desarrollo nos lleva a que busquemos la mejora de todos y cada uno de los miembros de la sociedad para que cada uno de ellos lleguen a perfeccionarse como personas. En la medida en que la preocupación es por todas las personas y se intenta que la mejora de todas sea la prioridad del desarrollo, la concepción cristiana del mismo implica una opción preferencial por los más pobres (Juan Pablo II, 1987, p. 42). Es decir, si queremos que todas y cada una de las personas de una sociedad logren beneficiarse del desarrollo no es suficiente con que la media de desarrollo mejore, sino que se precisa que sean los que peor están quienes se beneficien más para lograr mejorar su posiciones.

Es lo que el Programa de las Naciones Unidas ha denominado perspectiva de la privación para enfrentarla a la perspectiva conglomerativa PNUD (1997). Esta última es la perspectiva utilizada habitualmente en los estudios de desarrollo. Consiste en evaluar las mejorías en el desarrollo de una población a partir de los datos medios que presenta, es decir,

⁹ Traducción propia.

el PIB per cápita, la esperanza de vida, la tasa media de matriculación en los distintos niveles educativos, etc. Esta perspectiva tiene el problema de que es opaca a las desigualdades y a la situación real de aquellos que están peor en una sociedad. La mejora de la media puede darse porque los que peor están hayan mejorado, pero no tiene por qué. Del mismo modo, la mejora de la media no nos dice nada sobre lo que sucede con las desigualdades y las diferencias entre quienes mejor y peor están en una sociedad.

Por ello, cuando se quiere priorizar a los más pobres, el enfoque para aplicar al desarrollo es el de la privación. Este utiliza para evaluar el nivel de desarrollo de un colectivo la evolución de los que peor están y no de la media. Es decir, un país se desarrolla en la medida en que todas las dimensiones del desarrollo están mejorando la vida de quienes parten desde una posición más desfavorable. El foco se cambia desde la media a las cifras de los más pobres. Si estos últimos mejoran se puede hablar de desarrollo aunque las cifras medias no hayan variado.

Este enfoque de la privación, esta opción preferencial por los más desfavorecidos que deriva, precisamente, de la preocupación por que el desarrollo llegue a todos y a cada uno de los miembros de una sociedad, hace que adquieran mucha importancia las cifras y las políticas relacionadas con la pobreza, exclusión, privación y la desigualdad. Si el desarrollo se queda en las medias, tiene el riesgo de no llegar a todos, de acabar siendo ficticio y que un porcentaje elevado de la población se quede a un lado y no se vea beneficiado por una mejora de las cifras medias. Si queremos un desarrollo para las personas, es preciso fijarse en aquellas que lo tienen peor, en aquellas que parten de unas posiciones de partida peores.

8. LAS ESTRUCTURAS DE PECADO Y LAS ESTRUCTURAS LIBERADORAS

Antes de pasar a las conclusiones del artículo, es necesario repasar una categoría que es importante para comprender la idea de desarrollo del pensamiento social cristiano. Se trata de las estructuras de pecado a las que hace mención la carta Encíclica *Sollicitudo rei sociallis* (Juan Pablo II, 1987, p. 39): “Las «estructuras de pecado», y los pecados que conducen a ellas, se oponen con igual radicalidad a la paz y al desarrollo”. Esta es la primera idea que hay que tener en cuenta con respecto a este concepto: que van en contra del desarrollo y que impiden que este se dé. Estas estructuras son una suma de factores negativos y actitudes equivocadas de personas que impiden la consecución del bien común, que fuerzan a las personas a actuar en contra de su conciencia, que no facilitan la mejora de la sociedad y el desarrollo de los más desfavorecidos.

Estas estructuras de pecado están presentes en la realidad que vivimos. La manera más fácil de encontrar donde existe una estructura de esta clase es dejarse llevar, actuar sin criterios, guiarse por el viento que sopla en cada lugar o institución y no oponer resistencia a la corriente que nos impulsa en una dirección o en otra. Cuando actuando de esta manera nos vemos obligados a actuar mal, de manera egoísta, a no facilitar el bien común, a perjudicar a los otros intentando lograr sólo mi propio beneficio, nos encontramos ante una estructura de pecado, ante un enorme muro que nos impide potenciar el bien común y seguir una línea encaminada a lograr el verdadero desarrollo, “estas mismas estructuras se refuerzan, se difunden y son fuente de otros pecados, condicionando la conducta de los hombres” (Juan Pablo II, 1987, p. 36).

Olvidarse de la existencia de estas estructuras supone que los esfuerzos por lograr un verdadero desarrollo se pueden malograr debido a que existen unas potentes fuerzas que se resisten a los avances de desarrollo que se quieren implementar en una sociedad. Para contrarrestar este muro que impide avanzar es necesario construir estructuras liberadoras, es decir, estructuras que tengan el efecto contrario, que permitan que aquellos que se encuentran

influidos por ellas, si deciden no pensar, dejarse llevar o seguir la corriente principal, acaben construyendo una sociedad más justa y más fraterna y comportándose de una manera positiva para ellos y los demás. Por ello, el desarrollo también tiene una labor de construcción de estas estructuras alternativas que faciliten el cambio de actitud de las personas y que dirijan la actuación colectiva en otra dirección.

El desarrollo no se queda así en una cuestión de buena voluntad o de opciones personales. El desarrollo precisa de un cambio de estructuras profundo que, por un lado, permitan avanzar en esta dirección al modificar las estructuras que ahora se oponen a este movimiento; y que, por otro lado, potencien y favorezcan las actuaciones personales en este sentido. Sin este cambio de estructuras de pecado por estructuras liberadoras y virtuosas, aquellos que pretendan avanzar hacia un desarrollo más humano se van a encontrar con grades barreras que les impedirán ir más allá.

Es por ello que desde el cristianismo se hace una llamada a construir una nueva economía y a construir otra manera de llevar adelante los asuntos económicos. Benedicto XVI afirmaba en uno de sus últimos documentos oficiales “que es necesario un nuevo modelo de desarrollo, así como una nueva visión de la economía. Tanto el desarrollo integral, solidario y sostenible, como el bien común, exigen una correcta escala de valores y bienes” (2013, p. 5). Hay aquí un llamamiento directo a las personas pero también a las instituciones para que realicen acciones que vayan en esta dirección. Que creen unas estructuras diferentes que favorezcan una visión del desarrollo y de la actividad económica centrada en lo necesario y que utilicen otros valores y criterios a la hora de realizar la actividad económica. Entre otras cosas pide en este documento una “estructuración ética de los mercados monetarios, financieros y comerciales; éstos han de ser estabilizados y mejor coordinados y controlados, de modo que no se cause daño a los más pobres.” Las estructuras actuales, con frecuencia, no sólo no están al servicio de las personas, sino que además, acaban perjudicando a los más desfavorecidos y especialmente a los más pobres. Por ello, estar atentos a estas estructuras es una parte esencial que tiene que tener en cuenta el verdadero desarrollo si quiere dirigirse hacia la dirección adecuada.

9. CONCLUSIONES

Como se ha podido observar en el artículo, la idea de desarrollo que aporta el pensamiento social cristiano tiene muchos puntos en común con las ideas sobre desarrollo humano más habituales. En primer lugar, el rechazo a entender el desarrollo como simple crecimiento del PIB. Esta identificación tan generalizada entre la población y entre muchos políticos y algunos economistas no es aceptada ni por los teóricos del desarrollo humano ni por las enseñanzas sociales cristianas. El porqué de este rechazo es también un punto de coincidencia entre las dos corrientes de pensamiento. Los problemas ecológicos que conlleva una concepción economicista del desarrollo, la poca relación que existe entre el incremento de ingresos y el bienestar y la felicidad de quien lo experimenta cuando se superan los niveles de supervivencia (en niveles inferiores a los necesarios para llevar una vida digna estas dos variables suelen ir paralelas), la prioridad y la importancia de centrarse en los más desfavorecidos y de tener en cuenta las cifras de pobreza, exclusión, privación y desigualdades a la hora de analizar el nivel de desarrollo de los países, los elementos claves para el desarrollo como pueden ser el nivel educativo y la salud de las personas de una sociedad, la inclusión de la libertad como elemento básico del desarrollo sin el cual este no se da o la centralidad de la persona y de un desarrollo al servicio de la misma y no de otros intereses o de otros objetivos diferentes a estos, son elementos comunes a ambas corrientes.

Al repasar toda esta serie de coincidencias alguien podría pensar que el pensamiento social cristiano no aporta nada nuevo al debate o no tiene utilidad ya que se limita a incidir en elementos que ya contempla el pensamiento sobre desarrollo humano. Sin embargo, esta opinión no es correcta, no sólo porque como voy a mostrar en los siguientes párrafos, el pensamiento social cristiano aporta algunos elementos dignos de tener en cuenta que no están tan claros en el pensamiento sobre desarrollo humano, sino porque esta coincidencia tiene valor en si misma. El hecho de que desde distintas sensibilidades y con diferentes soportes filosóficos o teológicos se llegue a conclusiones similares nos lleva, por un lado, a una gran seguridad en el camino tomado. Confirma que el desarrollo humano no es una entelequia pensada por unos pocos que pretenden ir en contra de la corriente principal, sino que se trata de una corriente de pensamiento no sólo consolidada, sino sólida y justificable desde distintas visiones del mundo que nos rodea. Por otro lado, esto significa también que puede haber una masa considerable de personas que deben y pueden trabajar conjuntamente para modificar el objetivo de nuestras sociedades desde un simple crecimiento económico a una visión de desarrollo humano. La existencia de coincidencias en este tema, permite el trabajo conjunto de muchas personas y colectivos que, desde distintas sensibilidades, pueden construir el futuro en una misma dirección.

Además de estas ventajas, el pensamiento social cristiano tiene una serie de consideraciones que pienso deben ser tenidas en cuenta e introducidas dentro las teorías del desarrollo humano para que este pueda hacerse realidad en nuestro mundo de hoy. La primera es considerar el desarrollo en su doble dimensión: integral y solidario (Pablo VI, 1965, p. 64). El desarrollo solidario es aquel que debe atender a todas y cada una de las personas que hay en un grupo y que deriva en la opción preferencial por los más desfavorecidos. Este modo de entender el desarrollo ya ha sido descrito en los párrafos anteriores y, como se acaba de señalar, es un elemento o una dimensión del desarrollo que es compartida con la mayoría de aquellos que defienden el desarrollo humano como meta a seguir. Para lograr un verdadero desarrollo humano las desigualdades, la pobreza, son importantes y las actuaciones deben centrarse en estos colectivos más desfavorecidos.

Sin embargo, la dimensión integral del desarrollo tiene unos aspectos que con frecuencia se olvidan cuando se habla de desarrollo humano. Este debe promover a la persona como tal. Esto supone, por un lado la promoción de su aspecto material (que es importante por si mismo ya que es el soporte físico para todo lo demás), pero también el intelectual, el moral, el espiritual y el religioso. Atender de una manera integral a la persona precisa que se tengan en cuenta también estas dimensiones clave para su desarrollo. Pensar que solamente se va a hacer progresar a una persona en sus aspectos materiales (que puede incluir sus condiciones de salud y su consecuente esperanza de vida) e intelectuales (que tiene en consideración su nivel educativo), que es lo que normalmente se considera en el desarrollo humano, es insuficiente. Una persona no puede desarrollarse solamente mejorando en estos dos aspectos ya que ambos no tienen por qué ir ligados a una mejora personal. El hecho de que seamos seres relacionales, que nuestra vida no pueda vivirse si no es con y entre los demás, hace que la promoción integral de la persona necesite potenciar también este aspecto. La búsqueda de un sentido de la vida, la escala de creencias y de valores, la necesidad de unos criterios que permitan a las personas desarrollar una jerarquía de prioridades que les permitan llevar una vida feliz y plenificante, no puede ser olvidada a la hora de hablar de desarrollo integral de la persona.

Por ello, un verdadero desarrollo humano, un desarrollo que quiera atender a la promoción integral de todas y cada una de las personas que hay en una sociedad, debe tener en cuenta también sus dimensiones éticas, espirituales y religiosas. Las actuaciones educativas deberían perseguir el fin de ayudar a las personas en sus aspectos relacionales y

sus valores y virtudes éticas, en que tengan capacidad para determinar cuáles son sus anhelos vitales y facilidad para encontrar el sentido a su existencia, en que establezcan una escala de prioridades vitales. En esencia, el desarrollo integral de la persona exige una libertad que permita a cada ser humano poder mantener una coherencia entre sus ideas y sus actos, que tengan libertad para ser autónomos y lograr actuar en conciencia sin verse forzado a realizar aquello que creen no deberían hacer. Pero también necesita de una educación y de una potenciación de estas dimensiones. Sin hacerlo, difícilmente podemos hablar de un verdadero desarrollo humano.

Y todo esto tiene que ver con lo que considero la segunda aportación importante del pensamiento social cristiano a la concepción del desarrollo humano: la denuncia de la dimensión religiosa, la denuncia del "culto al crecimiento" (Laird, 2000, p. 7). Esa fe que mueve montañas y que hace que la dimensión espiritual y religiosa de las personas se concentre en que el bienestar material sea el horizonte de vida y sentido y que la escala de prioridades y la fe se ponga en el crecimiento económico y en toda una ideología que lo promete como el paraíso en la tierra, debe ser mostrada, debe ser desvelada y estudiada, porque si no se tiene conciencia de esta dimensión, es difícil cambiarla o reducirla. Por ello, ligado a la necesidad de cultivar las tres dimensiones nombradas en el anterior párrafo, está la concienciación de que algunos economistas actúan como verdaderos sacerdotes de una religión que santifica el crecimiento. De una fe en la que la promesa de un mayor bienestar material lleva a la defensa de un comportamiento egoísta y a la potenciación de unas sociedades injustas, desiguales y donde los sacrificios siempre suelen recaer en aquellos que peor están.

Potenciar un desarrollo al servicio de las personas precisa caer en la cuenta de esta nueva religión y no sólo denunciarlo, sino también ofrecer alternativas que permitan ofrecer otros caminos de esperanza, horizontes de destino diferente en los que el desarrollo humano aparezca como una meta atractiva para perseguir, como algo que no sólo vale la pena seguir por convicciones éticas o morales, sino como algo que es atractivo en sí mismo, no sólo para uno mismo, sino también para todas las personas que componen nuestra sociedad. El pensamiento social cristiano aporta herramientas que permiten denunciar la falsa esperanza del crecimiento ilimitado y la creencia ciega en sus bondades, para poder sustituir esta "fe" y re-enfocar los objetivos personales hacia el verdadero desarrollo que no puede ser otro que esté al servicio de las personas.

Todas estas ideas nos llevan a lo que podría considerarse la aportación nuclear de las enseñanzas sociales cristianas sobre el desarrollo. Lo define de una manera clara Ángel Galindo (1988, pp. 92-93) "La solución al problema del desarrollo no llegará simplemente añadiendo un sentido social a la teoría convencional del desarrollo, la solución exige una nueva teoría del desarrollo donde quepa una valoración moral" y ello lleva evidentemente a que un verdadero desarrollo exija un cambio cultural, un cambio de valores y, por lo tanto, un cambio profundo en las personas. Se precisa, no sólo cambiar las estructuras, sino también modificar las personas. Por ello, el desarrollo tiene que potenciar el crecimiento personal de los miembros de la sociedad, debe luchar y promocionar este. Sin este aspecto, el desarrollo queda cojo.

Ello supone que el verdadero desarrollo humano precisa de un cambio antropológico. Es incompatible lograr que esta visión predomine en la sociedad si no viene acompañado de un cambio de valores generalizado en las personas. De hecho, el desarrollo desde el punto de vista de las enseñanzas cristianas no solamente conlleva (como ya se ha visto) una evolución de las condiciones de vida, sino también en una maduración y un enriquecimiento del ser, que

las personas que viven en una sociedad que crece puedan desarrollar cada vez más su vocación humana y perfeccionarse como tales.

Y para ello, el camino lleva a que no se pueda separar la actividad económica de la actividad humana. No se puede considerar que lo económico vive en una esfera separada de lo humano y, por lo tanto, precisa de una escala de valores y de un comportamiento diferente al que se necesita cualquier otra esfera de nuestra vida. Christian Felber lo define de una manera magnífica cuando denuncia una incoherencia entre los valores humanos y los valores económicos. Los valores que nos ayudan a que la vida vaya bien, como son “la confianza, la sinceridad, el aprecio, el respeto, escuchar a los demás, la empatía, la cooperación, la ayuda mutua y la voluntad de compartir” son los contrarios de los que promueve la economía de mercado “el egoísmo, la codicia, la avaricia, la envidia, la falta de consideración y de responsabilidad”. Felber califica esto como “una catástrofe cultural que nos divide en lo más profundo, como individuos y como sociedad” (Felber, 2012, p. 29) y realmente lo es. No se puede pensar que una esfera de nuestro comportamiento queda totalmente al margen de lo que es la manera idónea de resolver los problemas en todo el resto de esferas de la vida.

Por ello, desde la perspectiva cristiana se propone la introducción de la lógica del don en la economía. No es posible lograr un verdadero desarrollo humano sin el cambio en el corazón de las personas y en su manera de actuar. No se puede cambiar la dinámica de la economía si se mantienen los mismos valores y las mismas prioridades. Lograr que las personas interioricen que los valores de la gratuidad, la solidaridad o la fraternidad son también válidos para la vida económica y que la única manera de que se consiga un verdadero desarrollo humano es que todos los utilicen también en sus relaciones económicas, es un elemento clave sin el que todos los demás pueden quedar cortos a la hora de lograr ese desarrollo humano que se desea. La construcción de ese cambio ético, de comportamiento de las personas, de escala de valores, es esencial para poder lograr el cambio de las estructuras y una orientación de la economía hacia un verdadero desarrollo humano.

Sin este cambio antropológico, sin este cambio en lo más profundo de las personas, difícilmente el desarrollo humano podrá convertirse en una realidad. Es más, si cambian las estructuras, pero ello no sirve para esta modificación en el ser de todos y cada uno de los miembros de una sociedad, el desarrollo humano se quedará cojo ya que no habrá servido para que las personas puedan realizarse como tales y crecer como humanos que somos.

Este cambio en las personas supone que se necesitan personas que prioricen la búsqueda del bien común frente a la búsqueda del propio, que utilicen la racionalidad del don frente a la racionalidad utilitarista egoísta, que busquen una economía que potencia las relaciones personales frente a una economía despersonalizada y unas personas que busquen, sobre todo, los bienes relacionales en lugar de la acumulación de bienes individuales. Este cambio en la persona junto con todos los anteriormente descritos, son los que pueden permitir un verdadero desarrollo humano.

10. BIBLIOGRAFÍA

- Barbon, N. (1690): *A Discourse of Trade*, Tho. Milbourn for the Author, London, <http://socserv.mcmaster.ca/econ/ugcm/3ll3/barbon/trade.txt> (7/1/2009).
- Barro, R. J. (1997): *El poder del razonamiento económico. Cómo entender la economía*, 1ª edición, Colegio de economistas de Madrid- Celeste ediciones, Madrid.
- Benedicto XVI (2009): *Caritas in veritate*, http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate_sp.html (14-2-2014).

- (2013): Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2013: Bienaventurados los que trabajan por la paz,
http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/peace/documents/hf_ben-xvi_mes_20121208_xlvi-world-day-peace_sp.html (14-2-2014).
- Bestard Comas, J. (2003): *Globalización, Tercer Mundo y Solidaridad*, 1ª Edición, Biblioteca de Autores Cristianos, BAC, Madrid.
- Bruni, L. (2004): “Sobre o consumo e a felicidade” en *Revista Abba*, vol. VII, nº. 1, Editora Cidade Nova: Vargem Grande Paulista, pp. 45-63.
- Camacho, I. (1991): *Doctrina Social de la Iglesia, una aproximación histórica*, 3ª Edición, Editorial San Pablo, Madrid.
- (2007): “¿Qué merece la pena recordar de las dos encíclicas sobre el desarrollo de los pueblos?” en *Los Nuevos Escenarios del Desarrollo Humano. Un proyecto global. En el 40 aniversario de Populorum Progressio y en el 20 de la Sollicitudo rei Socialis*, 1ª Edición, pp. 7-25, Instituto Social León XIII, Madrid.
- Cobb, C, Halstead, T and Rowe, J. (1995): “If the GDP is up, why is America down?”, *The Atlantic Monthly*, October, pp. 59-78.
- Daly, H. E and Cobb, J. Jr. (1989): *For the Common Good, Redirecting the Economy Toward Community, the Environment, and a Sustainable Future*, 1st Edition, Beacon Press, Boston.
- Easterlin, R. A. (1974): “Does economic growth improve the human lot? Some empirical evidence”, in *Paul A. David and Melvin Reder (eds.), Nations and Households in Economic Growth*, pp. 89-125, Academic Press, New York.
- Easterlin, R.A., McVey, L.A., Switek, M., Sawangfa, O. and Zweig, J.S. (2011): The happiness–income paradox revisited. IZA Discussion Paper nº. 5799, June 2011.
- Eco, U. (2013): *Historia de las tierras y los lugares legendarios*, 1ª Edición, Lumen, Barcelona.
- Felber, C. (2012): *La economía del bien común*, 1ª Edición, Barcelona, Ediciones Deusto.
- Fortman, B.de G and Goldewijk, B.K.(2000): *God and the Goods, Global Economy in a Civilizational Perspective*, 1st edition, World Council of Churches Publications, Geneva.
- Fukuyama, F. (1992): *El fin de la historia y el último hombre*, Editorial Planeta, Barcelona.
- Gaay Fortman, B. de and Klein Goldewijk, B. (1999): *God and the Goods. Global Economy in a Civilizational Perspective*, 1st Edition, WCC Publications, Geneva.
- Galindo A. (1988): “La dimensión moral del desarrollo” en *Corintios XIII*, nº 47, Julio-Setiembre 1988, pp. 69-97, Caritas Española Editores, Madrid.
- Gorosquieta, J. (1988): “La teología del desarrollo en la Sollicitudo rei Socialis” en *Corintios XIII*, nº 47, Julio-Setiembre 1988, Caritas Española Editores, Madrid, pp. 51-68.
- Gui, B. (2001): “Organizaciones productivas con fines ideales y realización de la persona: relaciones interpersonales y horizontes de sentido” en *Bruni, Luigino Economía de Comunión. Por una cultura económica centrada en la persona*, 1ª Edición, Ciudad Nueva, Madrid pp. 149-168.
- Hagerty M. R and Veenhoven, R. (2003): “Wealth and happiness revisited. Growing wealth of nations does go with greater happiness”, *Social Indicators Research*, vol. 64, 2003, pp. 1-27.

Juan Pablo II (1987): *Sollicitudo rei Socialis*

http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30121987_sollicitudo-rei-socialis_sp.html (30-1-2014).

(1991): *Centesimus annus*

http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_01051991_centesimus-annus_sp.html (14-2-2014)

Laird, J. (2000): *Money Politics, Globalisation, and Crisis. The Case of Thailand*. 1st Edition, Graham Brash Pte Ltd., Singapore.

Lebret, L.J. (1966): *Dinámica Concreta del desarrollo*, 1ª Edición, Editorial Herder, Barcelona.

Lipsey, R. G and Chrystal, K. A. (1999): *Economía Positiva*, 13ª Edición, Vicens Vives, Barcelona.

Lluch Frechina, E. (2002): "La utopía global", *Moralía Revista de Ciencias Morales*, vol. 25, pp. 27- 52, Instituto Superior de Ciencias Morales, Madrid.

(2010): "Sabiduría para tiempos de turbación. Libros sapienciales y crisis económica" en *Construir un nuevo modelo social: Provocación y propuesta cristiana*. XV Jornadas de Teología sobre la Caridad, enero-marzo 2010, nº 133, pp. 85-108

(2013): *Más allá del decrecimiento*, 1ª Edición, Ediciones PPC, Madrid.

Mankiw, N. G. (1998): *Principios de Economía*, 1ª Edición, McGraw-Hill, Madrid.

Marina J. A. (2004): *La inteligencia fracasada, Teoría y práctica de la estupidez*, 1ª Edición, Anagrama, Barcelona.

Nisbet, R. (1996): *Historia de la idea de progreso*, 1ª Edición, Gedisa S.A., Barcelona

Pablo VI (1965): *Gaudium et spes*.

http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html (14-2-2014)

(1967): *Populorum Progressio*,

http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_26031967_populorum_sp.html (30-1-2014).

PNUD (1996): *Informe sobre desarrollo humano 1996*, 1ª Edición, Mundi-Prensa Libros S. A. Madrid.

(1997): *Informe sobre desarrollo humano 1997*, 1ª Edición, Mundi-Prensa Libros S.A. Madrid.

Pontificio Consejo "Justicia y Paz" (2005): *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 1ª Edición, Biblioteca de Autores Cristianos, Editorial Planeta, Madrid.

Samuelson, P.A and Nordhaus, W. D. (1993): *Economía*, 14ª Edición, McGraw-Hill, Madrid.

Sen, A. (1989): "The Concept of Development" *Handbook of Development Economics*, Vol.I, 1989, pp. 9-26, Amsterdam: North Holland.

(2000): *Desarrollo y libertad*, Planeta, Barcelona.

Schor, J. B. (2010): *Plenitude: the new economics of true wealth*, 1st edition, Penguin Group, New York.

Soper, K. (2009): *The Politics and Pleasures of Consuming Differently*, Palgrave Macmillan, London.

Stiglitz, J. E. (1993): *Economía*, 1ª Edición, Ariel S.A., Barcelona.

Sung, J. M. (1999): *Deseo, Mercado y religión*, 1ª Edición, Editorial Sal Terrae, Santander.

Todaro, M.P. (1997): *Economic Development*, 6th edition, Addison Wesley Longman Limited. Essex.

Van Boven, L and Gilovich, T. (2003): "To do or to have: That is the question", *Journal of Personality and Social Psychology*, 85 (6), pp. 1193-1202.